



Fachada principal del Hospital Provincial Oncológico
"Marquesa de Villaverde"

dad Sanitaria Provincial "Francisco Franco", que ha sustituido al Hospital que nació bajo el reinado de Felipe II, como consecuencia de las medidas de fusión de varios Centros hospitalarios existentes a la sazón en la Corte. Dentro de sus muros, en sus galerías de piedra labrada con nobleza y sencillez, los viejos hospitales, el de Santa Isabel y el de San Juan de Dios, llevaron su batalla de cada minuto, para mitigar el dolor combatien-

do la enfermedad. El viejo concepto del Hospital de tan tristes resonancias cambia en España con las esplendorosas realidades surgidas en servicio a las directrices que en materia de previsión y Seguridad Social emana del Estado, nacido el 18 de julio de 1936, y nuestra Ciudad responde a esta trayectoria.

La Diputación, como se ve, siempre atenta a las necesidades sanitarias de la Provincia, planteó en su día, de forma ejemplarmente decidida, la sustitu-

ción de nuestros viejos hospitales. Y así surgió un Complejo Sanitario que puede señalarse como modélico en todos sus aspectos: La Ciudad Sanitaria Provincial "Francisco Franco", una perfecta organización al servicio de la población madrileña, que cumple el objetivo tantas veces felizmente conseguido, de dar salud al enfermo y de la que se siente orgullosa nuestra Diputación, la Medicina española y los hombres que en ella laboramos.

LAING



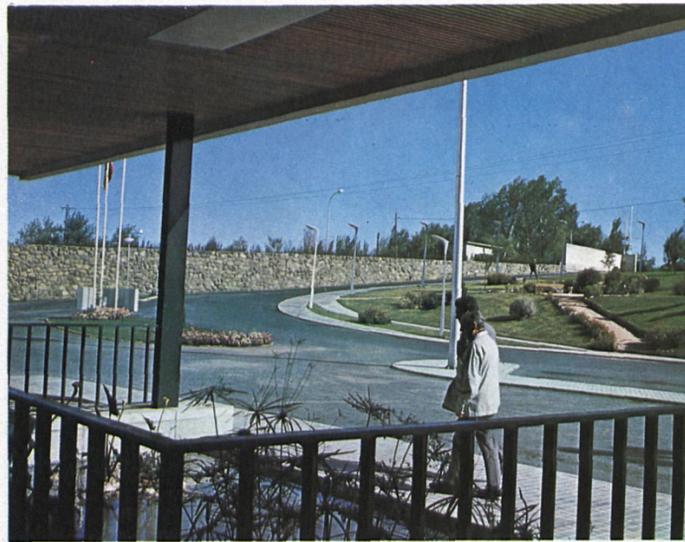
Situación actual de las obras en construcción de la Residencia de Ancianos en Arganda,
para la Excma. Diputación Provincial de Madrid

LAING

CONSTRUYE EN TODO EL MUNDO
125 AÑOS DE EXPERIENCIA EN OBRAS

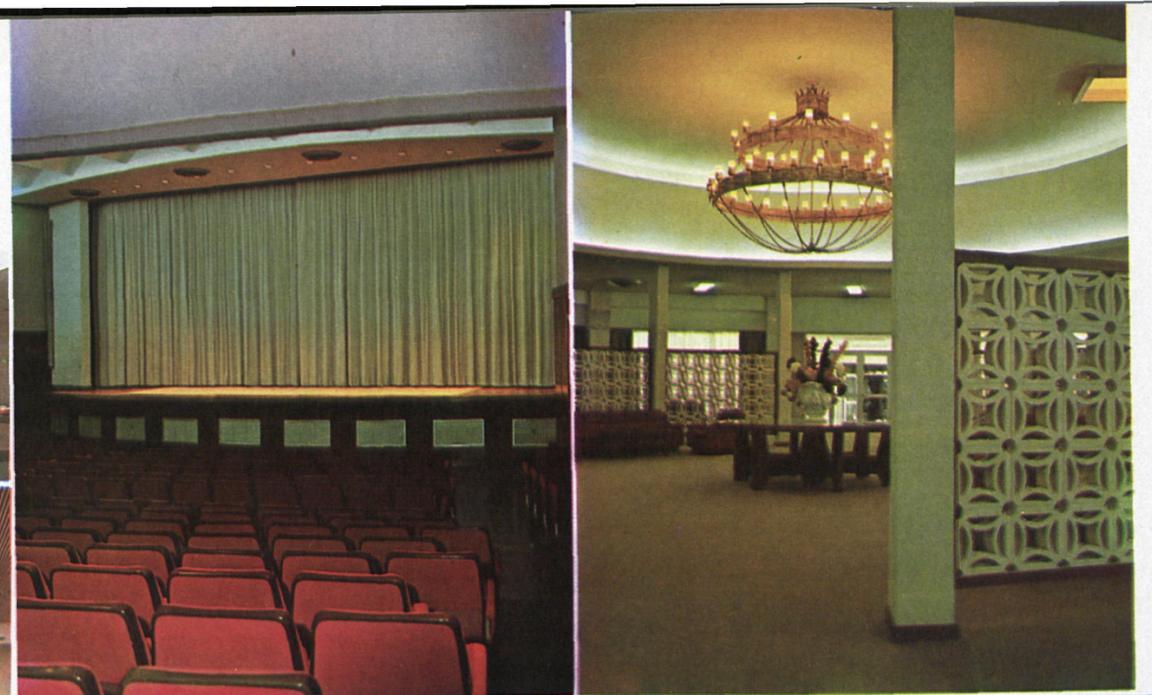
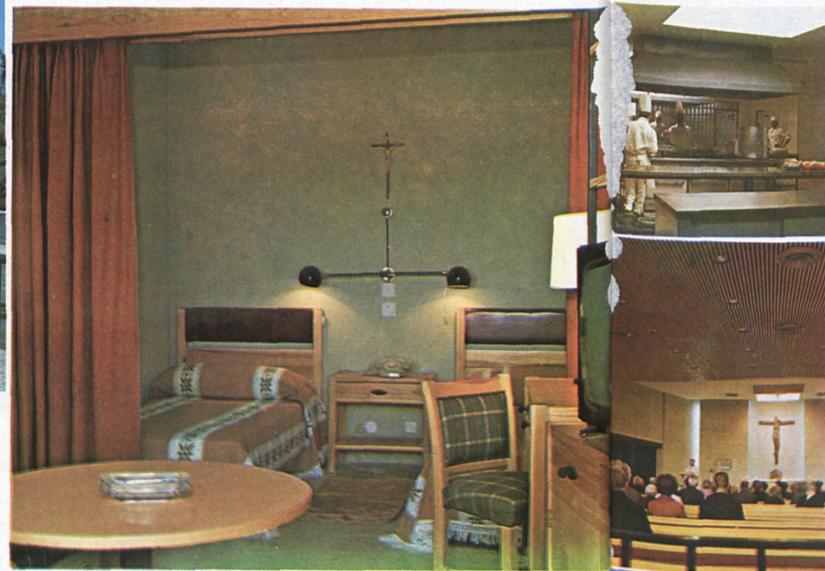
LAING

LAING - EMPRESA CONSTRUCTORA, S. A. --: CAPITAN HAYA, 1 --: MADRID -20
TELEFONOS 455 61 00 - 455 67 00



En esta página cinco bellas muestras de lo que son las ciudades de ancianos, obra predilecta de la Diputación de Madrid.

Grandes espacios verdes, habitaciones confortables, instalaciones completas, desde teatro a hermosas salas de descanso y magníficas edificaciones.



ANCIANOS Y RESIDENCIAS

Los hechos son los hechos. No me atrevería jamás a calificarlos de problema, pero hay que afrontarlos directamente, sin rodeos, «de frente y por derecho». Según cifras publicadas hace muy poco tiempo, en España viven en este momento cuatro millones de personas que tienen ya cumplidos los sesenta y cinco años; y, lo que es lo mismo, que han entrado de lleno en la edad de la jubilación. Cuatro millones; es decir, uno de cada ocho y medio españoles, si es que vale hablar de «medios», siquiera sea en valores aproximados y estadísticos.

Esto, en sí mismo considerado, no tendría por qué constituir un drama. Pero el drama, muchas veces, por desgracia, viene después. ¿Cuántos de estos españoles están solos en la vida? ¿Cuántos, sin estarlo, viven solos? ¿Cuántos, en fin, viven acompañados pero peor, incluso, de como vivirían solos? Las respuestas a estas preguntas, de verdad, son terribles. Pero más terribles aún sería no formularse las

cada día, o guardar un avestrucesco silencio que no iría nunca más allá de un simple y vergonzoso esconder la cabeza.

De un lado, algunas pensiones son todavía muy bajas, pese a los evidentes esfuerzos llevados a cabo para tratar de resolver de una forma definitiva esta situación otrora —no hace mucho— generalizada. De otro, algunas familias parecen sentirse un tanto apesadumbradas por la presencia de los abuelos, de los entrañables abuelos, que ocupan un sitio, no hacen nada, y ni siquiera «se entienden» con los jóvenes, lo que también suele aparejar discusión y enfado; esto, al menos, es lo que suelen decirse a sí mismas en un vano intento de justificación. Por ende, la medicina progresa de una manera cierta, y los ancianos serán cada vez más, ya que los promedios vitales crecen ininterrumpidamente, y a Dios gracias.

Me limito a esbozar la realidad, en algunos de sus capítulos más generalizados. ¿Entonces? Porque me parecería espantoso, imperdo-





De nuevo se repite la imagen de magnificencia de estos cultos. Imagen que se completa con "habitat" digno y utilitario, cual significan sus instalaciones de trabajo como es la de la peluquería.



nable, que el autor de «Soylent green» fuese algo así como un Julio Verne de nuestro tiempo, capaz de predecir o adelantarse a lo que ocurrirá incuestionablemente apenas un puñado de años, unos lustros después. ¿Recuerdan? Era aquella película en la que la humanidad había crecido inexorable hasta la frontera del año 2000, para llegar a una carencia de alimentos a veces total; se recurre a la química para comer, se fabrican nuevas comidas, y todos se dan con un canto en los dientes cuando pueden conseguir unas galletas del producto que da nombre original a la pelu-

la, que es una pasta verde y sólida, al parecer relativamente comestible para un pueblo que hace fiesta nacional o poco menos si puede tomarse un día un filete o un tomate o una manzana. Allí, en aquella humanidad progresivamente deshumanizada, se alza un hermosísimo y gigantesco edificio, que es, ni más ni menos, una «casa de bien morir», donde se apuntan los ancianos para «se acabar, e consumir» en propio tierra, sin necesidad de buscar orillas marinas; son tratados con toda consideración, claro, y Edward G. Robinson consigue en su marco y seno una de

las mejores interpretaciones de su muy dilatada carrera cinematográfica; en aquella sala de colores tan agradables, escuchando su música preferida, viendo en una inmensa pantalla que rodea su cama los paisajes por él más queridos, mientras un gas inapreciable pone punto final al libro de su vida. Hay más, claro, pero mejor no recordarlo, para no estropear el estómago a nadie.

Aún estamos a tiempo. Podemos buscar otro camino, seguir otro rumbo, conquistar otro horizonte. Si no hacemos nada para lograrlo... La palabra, de momento, y

que sepamos, sólo puede ser una: residencias. Ahí está todo el misterio. El problema, por supuesto, radica en la escasez. En Madrid, por ejemplo, funcionan unas treinta y ocho en estos momentos, con capacidad para poco más de seis mil personas. Y calculen las proporciones si pensamos que sólo en cuatro de la Diputación Provincial habitan una tercera parte de éstas. Porque en la etapa actual, la visión del Presidente de la Corporación, doctor don Carlos González-Bueno, fué a la par generosa y ambiciosa al respecto. Supo constatar la realidad, valorar las posibilida-

des, y no limitarse a decirnoslo, sino que se lanzó de lleno a una tarea que jamás vacilaremos en calificar de auténticamente ejemplar. Como dijera tras una reciente reunión del Pleno de la Diputación, «se han aprobado los proyectos de la séptima Ciudad de Ancianos, en Las Rozas», y «han comenzado las obras de construcción de las residencias de Torreleguna y San Martín de Valdeiglesias, se han reunido las comisiones de trabajo nombradas, al efecto de programar la residencia geriátrica y la clínica-residencia para minusválidos».

Nos encontramos, pues, ante una

línea de verdadera decisión, ante un ambicioso plan integral puesto ya felizmente en marcha, y con resultados nítidos ante nuestra mirada. He recorrido alguna de estas Ciudades de Ancianos —hasta el nombre constituye todo un hermoso acierto del doctor González-Bueno—, y en verdad que resultan extraordinarias, dotadas de toda clase de comodidades y servicios, por supuesto, no faltan críticas en el sentido de que no debería buscarse nada parecido al lujo; pero no puedo estar de acuerdo con ello. Desterrar la palabra asilo implica también el paralelo destierro de su